

LA CARRETA.

Hemos presenciado los habitantes de esta populosa ciudad un ejemplo terrible, que ha causado en nuestros ánimos aquella dolorosa sensación que se experimenta en estos sórios actos en que la justicia revistiéndose de sus mas poderosos atributos, descarga el peso de su indignación sobre los miserables delincuentes, á quienes por criminales que hayan sido no les podemos rehusar cuando los vemos en el estado de humillacion los sentimientos de misericordia.

A las nueve de la mañana fué entrando por el camino de Veracruz un esquadron de dragones mandados por el sr. D. Liberato Anti-servil resguardando un reo de muy graves delitos segun se dijo; pero que nadie podía ver porque la caja de la carreta en que venia metido se había tapado tan bien y fuertemente, que parecia mas bien una jaula destinada á contener alguna bestia feroz y dañina. Detras de dicha carreta seguía un coche en que venia el padre Chicharrón con otros personajes. La comitiva toda atravesó la ciudad sin detenerse en ella, y solamente algunos ordenanzas se desprendieron para comunicar órdenes á los agentes que la comision de Cayo-puto tiene en este suelo; luego se notó que solicitaban varios muebles, adivinándose por ello que el objeto de la venida del sr. D. Liberato era cierta ejecucion de justicia en el escosmate. Todos nos alborotamos y dirijimos ácia este punto; encontramos la tropa formando cuadro; ácia un extremo de él, llamó nuestra atencion un púlpito que se habia hecho sobre una mesa; cuando todo estuvo en silencio, mandó el sr. D. Liberato que se manifestase el reo. ¡Cual sería nuestra admiracion al ver un fraile con esposas, grillos y todo enredado de cadenas! Los espectadores venerando su caracter comenzaban á indignarse contra los ejecutores; pero observandolo el dicho sr. Comandante, suplicó que se aquietasen, pues no podian menos de aprobar la justificacion de los superiores que habian pronunciado aquella sentencia; que supiesen de una vez que el reverendo prisionero era el insigne frai Leopardo, de cuyos delitos enormes tendrian desde luego noticia; pero para mas satisfacerles mandó que un escribano leyese

es la carta de la isla de Cuyo para el cargador de las canoas al oír esta lectura que á todos escandalizó, exclamó la multitud: muera, muera frai Leopardo.

En seguida subió el padre Chi-harron al púlpito desde donde pronunció el siguiente breve discurso.

Et tribus Anticyriis caput insanabile nunquam...
Horat. Arte poética.

Cabeza tan rematada, tan necia y dura,

Mejor es aplastarla; nadie la cura.

A la vista tenéis, liberales oyentes míos, un testimonio concluyente del incontrastable poder que adquieren las preocupaciones sobre las cabezas desgraciadas, que envenecidas y ciegamente orgullosas obstruyen todos los conductos por donde pudiera entrarles la luz regeneradora, que con tanta hermosura brilla en los conocimientos de los mortales. La preocupación, ese tirano cruel de los entendimientos, que aprisionándolos estrechamente los priva de los movimientos mas naturales; ese vil seductor, que habituando á sus víctimas á las sugerencias mas insensatas, llega al extremo de hacerlos amar su propio cautiverio, y connaturalizarlos con la obscuridad y las tinieblas: la preocupación, hija espúrea de la necia vanidad y del egoismo infame, madre fecunda del fanatismo, enemiga del sabio, amiga y compañera del charlatan insensato, ejerce un dominio mucho mas tiránico y despótico sobre los hombres, que el que tuvieron los Tarquinos y Domicianos en Roma; los Dyonisios en Sicilia; los Tamerlanes en Persia; los Pedros en España; los Oliverios en Inglaterra; y por último, los Napoleones en Francia. El genero humano no tuvo jamás enemigo mas fiero é implacable que la preocupación: lo ha oprimido por una serie de siglos, y ahora cuando á costa de afanes y de sangre las naciones se van librando de su dominación odiosa é inveterada, cuando ya la tienen casi vencida, ese monstruo horrendo semejante á la hidra levanta una de sus siete cabezas, se hincha y esfuerza para poner en convulsión el brazo poderoso que lo ha derribado. Grandes y señaladas victorias se han conseguido sobre el tirano de la humanidad; pero ninguna mas brillante y decisiva que la que ha obtenido la heroica nación española en 1820, el año mas memorable de nuestra historia. Un pueblo esparcido en las cuatro partes del mundo, y compuesto de veinticinco millones de vivientes, á una sola voz se levantó magestuosamente contra el imperio odioso de la preocupación, y lo redujo al estado de derrotá en que nunca se vió. Pero pensáis, señores, que ese déspota arrojado para siempre de su trono aun no intenta recobrarle, ni se ocupa en

el quimérico designió de volveros á uncir á su carro? ¡Ah! eso sería no conocer el fanatismo y terca indole de los esclavos rebeldes de la preocupación. Aun se encuentran gigantes temerarios que pretenden escalar el cielo: todavía hay buhos que con sus grainidos sinistros dan á entender cuanto les molesta la presencia del radiante Falso. Ya habeis descubierto algunos; pero ninguno tan amigo de la obscuridad como el que tenéis presente. No es dado como sabeis á un fraile como el reverendo Leopardo mudar de ideas, porque ésta siempre fue empresa propia de cabezas bien organizadas. Un maníatico adorador de la inquisición nunca jamás habrá sido racional, y es imposible por tanto que la razón lo convenza. *Et trilus Anticyrius caput insanabile nunquam.* Y para que esta verdad se afirme entre vosotros os daré en un cuadro muy abreviado lo poco que ha llegado á mi noticia de su historia.

No se sabe la época precisa del nacimiento de fr. Leopardo; pero sí que debía haber sido en el tenebroso siglo 12: la misma incertidumbre se encuentra en cuanto al lugar donde vió la luz por primera vez; mas ya sabeis que la mejor casta de leones, así como la de horangutanes es la que trae su origen de la Africa. Recibió el niño Leopardo, como don gratuito de la naturaleza las mas felices disposiciones para dedicarse á ciertos ejercicios que requieren un talento peculiar, v. g., como el de carnicero, cómitre de galeras &c. y de hecho cuando ya tuvo bastante edad para pensar seriamente en una profesion, escogió por movimientos indeliberados la de verdugo de la santa hermandad, establecimiento que florecia entónces con universal estimacion. La señora Leoparda su madre, que aunque así parecida al buen niño, no queria obsecurar su esclarecido linage, se opuso á la eleccion y quiso que se trocara por la carrera eclesiastica. Estos extremos tan encontrados originaron entre madre é hijo una acalorada pendencia en que la criatura comenzó á usar el bello talento que siempre ha tenido para la controversia: desde entónces se oyeron en su afilante boquita estas pp. digo estas expresiones con que ahora honra publicamente al cargador de las cancas, y que manifiestan con evidencia, que al niño Leopardito jamás se le dió un tapaboca porque decia la mala palabra. Puso de asco á la madre misma que lo parió, y pareciéndole poco aplicable los dicterios de jacobina, fraemascna, &c. que siempre tiene preparados para contestar al raciocinio mas concluyente, iba á tomar un garrote para convertirla á su uianza, cuando entró su padrino y puso en paz al infantito. Pregunté: ¿per qué se reñia tan fieramente? Leopardo contestó, que porque su madre queria que se desaprovescharen las excelentes disposiciones con que

so sentia para ser ministro ejecutor; y aquella expuso que aspiraba á que su hijo fuese eclesiástico. Pues yo, repuso el padrino, terminaré esta diferencia proponiendo un temperamento que á los dos debe acomodar, pues cada uno logra su designio: mira, Leopardo, hazte eclesiástico y procura ser inquisidor. Separáronse contentos madre é hijo, y desde aquel punto todas las miras de éste se dirigieron al santo oficio. No se ha podido averiguar por mas diligencias que se han hecho si el joven Leopardo estudió, ó nó estudió; por su boca y por su estilo está fuera de duda que la dialéctica la aprendió en las obras de Calvino, aquel entusiasta reformador, que para probar que no era declamador le instaba á su adversario el argumento diciéndale: *Tu escuela es una pestilento zaharda de puercos; ¿ me entiendes, perra? ¿ me entiendes, frambuco? ¿ me entiendes, bien gran bestia?* He aquí los primorosos modelos que se propuso nuestro Leopardo; y ya veis, señores, en esta carta si ha tenido habilidad para imitarlos.

Por no se qué conveniencias del estómago quiso seguir nuestro héroe la vida monástica. Ello es cierto que jamás los conventos tuvieron fraile mas misántropico, ni mas engullidor de empanadas, tortillas de huevos y arroz con leche; pero no por esto creais que él ha faltado á sus ordinarias penitencias, pues eran tales las fuerzas digestivas de su vientre, que á la media hora de haber devorado una empanada del volumen de un maletón, y el fruto de cuatro perales muy coscheros, decía el reverendo que desfallecía por efecto de abstinencia. No, en esto el buen Leopardo no parecia cuadrúpedo, sino sapillo: ó otro género de ave de rapina.

No se sabe que haya leído otra cosa en su vida, sino á los inquisidores Páramo, Eymeric, y á los historiadores de la santa que mas circunstanciada y latamente describian los autos de fe cuando llegaba Leopardo al punto capital de las quemaciones, se penetraba de la suerte nacion, dejaba el libro y se arrodillaba pidiendole al sr. que revocara de nuevo los alegres dias de su Iglesia. Un buen auto de fe, decía, que valia mas que todos los concilios, y un montón de combustible era mas útil que las apologias de los santos padres. El mayor hambre que ha producido la cristiandad, segun la opinion de nuestro fraile, ha sido aquel inquisidor Lucero, que con sus excomuniones inquisitoriales iba desolando las Castillas y la Andalucía, pues que materialmente destruis las casas porque le parecian Sarracenas, y animado del zelo divino encasó á un arzobispo venerable con testigos de oyes dichos ya vueltos, ya futuros, ya incuos y precipitados se valió Tenedera (asi lo llamaban) para tener

ocasion de atormentar tantos cuerpos, perturbar tantas almas y llenar de infamia innumerables familias.

Fr. Leopardo no tenia ideas ningunas de la igualdad civil, antes bien ciertas circunstancias prevenian demasiado su espíritu para que jamás pudiese concebirlas. Acostumbrado a ver que con empanadas grandes, medianas, pequeñas, ínfimas, y que con escupularios mas ó menos adornados de liston y lentejuela, se medían exactamente en los dias festivos las clases de habitantes distinguidos, y que con un pastel de cierta magnitud, ó con cierto número de ellos cuando son de un propio tamaño, se le señala á cada persona el puesto que ocupa en la sociedad, acostumbrado digo á esta metódica distribucion, le parecia imposible que las leyes pudiesen confundirlo todo y destruir aquella escala del orden gerárquico. Lo mismo debe entenderse de la libertad, pues S. P. no tenia mas alcances para comprender si un hombre está ó no libre, que preguntar si estaba ó nó en la cárcel. En esta buena disposicion llegó á ensanchar sus conocimientos la historia del jacobinismo del Abate Barruel. Supo que los jacobinos, francmasones y toda esa familia tenian en su sistema proyectos de igualdad y libertad, y dedujo atormentando su basta erudicion, que á todo el que pronunciara esas palabras sin necesidad de atender á la idea que en ellas se determina, debia apotrofarle con santo desembarazo ¡oh jacobino, oh francmason, oh libertino, oh castro, oh insurgente! Ved cuán dulce es la boca de este apóstol.

Corruptio optimi pessima dijo el historiador, que vale tanto como decir: *el que de santo rebula hasta diablo no para.* Fraile, fraile, ¿cómo te has remangado al extremo de aseverar, que la causa de la regeneracion de España, que tu llamas: *trastorno universal es una sociedad de hombres perversos titulados francmasones?* En preciso, señores, ser energúmeno con pretensiones de oráculo para cometer el temerario arrojé de aplicar bajo la palabra de fraile titulos tan impios á los autores de la Constitucion. En el concepto de este apóstol de la inquisicion, el congreso de Córtes es la gran lógia de los masones, ó la sociedad madre de los jacobinos, Quiroga lo mismo que Veisheng, y hasta el mismo Rey no es mas que el instrumento pasivo de los hereges sofistas. Y si no, escuchad: dice el R. Leopardo, que las sociedades de impios en América se llaman *cuácaros*, en Italia *liberimuratori*, en Baviera *iluminados*, en Francia *jacobinos* ó *patriotas*: y en España, padre nuestro, ¿cómo se llaman? ¡Oh! eso se lo dejó allá en la capucha; pero por el contexto de toda su carta se deja comprender que en España se llaman constitu-

cionaler en contraposición de los *buenos españoles y humanos ser-
viles*. ¿Queréis más? Pues ahora vereis á España comprendida tex-
tualmente entre los reynos dominados por los masones, jacobinos,
iluminados &c. Pregunta nuestro frater: *¿la iglesia y los principes,
cómo no han prohibido severamente las logias?* R. *Si lo han he-
cho; pero los filósofos introducidos sagazmente en los gabinetes
han sabido eludir las leyes eclesiásticas y civiles, y aun servirse
del poder soberano para llevar adelante su obra, como se ha visto
en Francia, Italia, Alemania, España y Portugal &c.* ¿Que-
tal? Si hubiera alguno que le intara á que diera pruebas de que
en España los impíos se han servido del poder soberano para llevar
adelante su obra; esto es para establecer la Constitución, entonces
S. P. se levantaba el manguillo y decía: ¿pues qué, no me creís?
Soy ministro de Dios: soy un sofista, un mañón, un...: Basta, padre,
me rindo á pruebas tan concluyentes.

Este veneno infernal de que está animado nuestro Leopardo no
pudo estar reprimido por mucho tiempo. Apenas hubo libertad de
imprensa, cuando dió á luz un papel murmurando contra aquella,
pero constituyendola como tal vez no lo hara un jacobino con tal
que tenga buena educación. El papel se titulaba *duelo de la inqui-
sición vindicado*: fué impugnado por el pensador; pero como hay
escritos en que no cabe impugnación ninguna, el patron de la Ca-
noa acondicionó al autor en un huacal y lo remitió á Cayo-puto.
Nunca se ha visto colono mas revoltoso. Un refractorio que lleva-
ba en la cabeza el designio antiguo de ser inquisidor general, ape-
nas pisó el Cayo cuando comenzó á usar la táctica conocida de rega-
los de empanadas, jarros de leche, para hacerse propicios las autori-
dades y personas de influencia; pensaba nada menos que en restable-
cer la inquisición en aquel país y estenderla de nuevo por toda la
América: con este fin escribe y ha escrito desde que se publicó la
Constitución; pero el ojo vigilante de la policía del Cayo descubrió
sus complots anti-constitucionales, y como testimonio de ellos se
encontró copia de la carta al cargador de la canoa megicana; y
en atención á que la voz del pueblo pronunciaba altamente: *Si li-
tacerint lapides clamabunt, si no hay quien lo castigue, vamos
apedreandolo*: se le juzgó por aquellas autoridades y según el Có-
digo criminal caye-putano le resultó la pena del concamate. Pue-
da este terrible ejemplar imponer á los follones sus semejantes, y
producir entre la grey escogida de los liberales, la paz que tanto
os deseo &c. Dijo, y los ministros precedieron á desnudar al paciente:
uno del concurso alegó que era preciso degradarlo; pero el sr. D.

Liberato contestó que conforme á la decision conciliar del sr. Venegas, virey que fué de N. E. se había degradado *in ipso facto*. Se le ató al pescuezo una plancha de plomo de dos quintales y amarradas las manos por la espalda sufrió Fr. Leopardo la condigna pena de sus execrables delitos, cayendo de cabeza en la horrorosa caverna.

Un triste epitafio puesto en el brocal recordará á la posteridad la suerte de tan famoso delincuente. Dice así:

*Aquí yace el gran Leopardo
bruto de pesuña hendida,
quien solia usar allá en vida
empanada y guiso pardo:*

*A este excelente bigardo,
misionero sin segundo,
porque casi á todo el mundo
con sus cuentos calumnió,
el diablo se lo llevó
por este lugar profundo.*

Puebla 20 de noviembre de 1820. Imprenta de D. Pedro de la Rosa:

Un real.